

Música y vida cotidiana

Ricardo Miranda*

La música es la más cotidiana de las artes. De ello no cabe la menor duda y existen para probarlo diversas y contundentes pruebas. Algunas son tan irrefutables como prosaicas: ¿cuándo fue la última vez que usted, lector, compró una fotografía? ¿Cuánto ha sido el dinero que cada uno de nosotros ha invertido en esculturas o pinturas? Si es que no se trata de coleccionistas o de alguna otra excepción, lo cierto es que nuestra sociedad, como conjunto, gasta más en música que en cualquier otra forma de arte, incluidos el cine (que lleva música y vende canciones) y la literatura (que, en menos pero famosas ocasiones, también lleva música y vende canciones). En realidad, lo cotidiano de la música es lo que da sustento a las grabaciones *piratas* y al enorme comercio musical: todos consumimos música, algunos consciente y deliberadamente, otros no tanto, sin importar si se trata del radio de la *pesera* o del más sofisticado de los equipos de audio y más allá de si se escucha a *Luismi* o la última versión de las Variaciones Goldberg interpretadas por Perahia.

Pero a la crudeza de los argumentos comerciales —la venta millonaria de discos, la concepción de los aparatos de sonido como un *doméstico* equiparable y tan necesario como el refrigerador o la estufa— pueden sumarse otras razones mucho más amplias y sutiles respecto a la importancia y la presencia cotidiana de la música. En el terreno filosófico, las virtudes y valores de la música han sido señaladas desde siempre. La Biblia le otorga un papel

central, mientras que los griegos clásicos construyeron varios mitos para explicar y fijar su importancia gracias a los lances de Orfeo, Arión, Apolo o Marsias. Athanasius Kircher, ya en el siglo XVII, representó la creación del mundo como el resultado de la música que surge de un órgano interpretado por Dios. Y en épocas más recientes alguien como Elías Canetti, por ejem-



plo, ha subrayado las innegables virtudes morales de la música al afirmar que “la música es la verdadera historia viviente de la humanidad, ya que confiamos en ella porque lo que afirma es relativo a los sentimientos”. Por su parte, encuentro fascinante otra idea relativa a la música y el hombre: ¿acaso han visto ustedes, alguna vez, en sueños, o imágenes, a los ángeles jugando fútbol? No, por más popular que dicho juego se haya convertido tierra abajo, por más que existan destellos divinos en la delantera brasileña, lo cierto es que nadie ha visto semejante escena. Lo que es más, las actividades de esas criaturas

celestiales (me refiero a los ángeles, no a la *verde amarellha*) han sido cuidadosamente inventariadas en virtud de su importancia. Por supuesto, lo único que se les ha visto hacer es toda clase de suertes relativas a su oficio y condición —apariciones, mensajes, rescates, adoraciones, ascensiones, etc.— y casi nada más. Casi, pues hay múltiples representaciones de los ángeles haciendo música. Ni fútbol, ni pintura, poesía, cine... por no hablar del jamás representado ángel que se encarga de organizar plebiscitos. No, porque la única de las actividades humanas permitida en el cielo parece ser la música. Según esta poderosa imagen, la música es tan cotidiana que aun después de transitar por este mundo, nos quedará la costumbre de hacerla o escucharla y en ello hay un rasgo adicional entre los hombres y los dioses.

Surge así una cuestión crucial: ¿basta con escuchar la música?, ¿qué diferencia hay en participar en su generación y en simplemente consumirla? Ya que la música nos es tan importante, una posible respuesta quizá enriquezca una discusión sobre lo cotidiano de la música en este siglo que inicia.

Hoy en día la música es más cotidiana que nunca gracias a la tecnología. En todos lados se escucha música y, de hecho, se vive una saturación sonora sin precedentes. Si la música de Bach sólo fue disfrutada durante años en ciertos círculos restringidos, hoy se escucha música hasta en los elevadores. Este desbordamiento musical comienza a cobrar visos de locura: en los días que corren se teme realizar una llamada por teléfono pues uno nunca sabe cual va a ser la tonadita que ocupe los

* Pianista y musicólogo

intervalos de espera al otro lado de la línea. La simple imagen de una melodía estúpida sonando mientras la *señorita* en turno nos contesta o nos transfiere la llamada, lo dice todo. La música comienza a utilizarse para llenar los huecos y para distraernos. Es tan fácil tener acceso a ella que ahora se le usa para todo, incluso para lo que nunca fue concebida.

Sí, porque la música surge precisamente para concentrar nuestro ser y nuestra atención; no para llenar los huecos del tiempo, sino para darle un sentido diverso, estético y emocional, a ese tiempo (Stravinski decía que la música es una realidad en sí misma, gracias precisamente a su dimensión temporal). La música no es para distraer, sino para concentrar, para enfocar. Y la música no es para todo el tiempo. Hay que saber reservarse la necesaria dosis de atención y silencio para poder gozar la música. Aquí surge entonces una respuesta a las preguntas anteriores: quien *hace* música, sabe de la necesidad del silencio y de la concentración necesaria para disfrutarla. Es esta la paradoja central de la música en nuestra vida cotidiana. Hoy, cuando más fácil es tenerla, cuando más rápido resulta el acceso a cualquier tipo de repertorio, la música corre el riesgo de perder su esencia y de convertirse —ya lo es en buena medida— en un simple objeto de consumo, y no de arte.

Cerraremos estas divagaciones narrando una historia singular, pues no siempre fueron las cosas así. Hace ciento y pico de años Porfirio Díaz se presentaba a la primera de sus famosas reelecciones. Según el cálculo oficial ganó *democráticamente* con la mayoría formada por unos 16 mil sufragios. El dato viene a cuento porque por aquellos años una partitura para piano, la de la mazurca *Elodia* escrita por Luis G. Jordá, hacía las delicias de la sociedad y llegaba a su decimacuarta edición de mil ejemplares. Todavía la mazurca agotaría otras ediciones, lo que

significa que la Presidencia de la República se ganaba con una cantidad de votos semejante a la cantidad de personas que podían leer una partitura como *Elodia* al piano.

Ignoro las cifras de la última elección, mas estoy seguro que de una población estimada en 60 millones, varios de esos millones votamos. Pero lo inquietante es preguntarse, ¿hay siquiera un millón de mexicanos que sepan leer música?, ¿hay siquiera cien mil que toquen el piano? Desde luego que no. La facilidad de acceso a la música, aunada a la pésima educación musical que se imparte en nuestras aulas, ha fomentado la existencia de una sociedad musicalmente analfabeta. Curiosamente, algunas comunidades marginadas son las que mantienen un equilibrio entre la música que consumen y la que producen quizá gracias a que no tienen luz o a que las pilas cuestan cada vez más caras.

Resolver lo anterior se antoja un sueño imposible: una educación musical seria, ensambles y coros en las primarias y comunidades, profesionalización del medio musical, conciertos en todos lados y no en unas cuantas ciudades y para unas cuantas personas, discos de



calidad a precio accesible, estaciones de radio atentas a la calidad musical de lo que transmiten, televisoras que se preocupan por la música que acompaña sus programas...

Todo lo anterior explica porqué sigue siendo vigente y fascinante la idea de que, en el cielo —como representación platónica del mundo ideal— la música está a cargo de los ángeles y no de los comerciantes. ♣

